

¡Hasta inteligente!

Tengo que rectificar algo de lo que de Fernando VII dije en mi último artículo aquí, y lo hago con tanta más libre espontaneidad cuanto que nadie me ha pedido semejante rectificación. Hay que ser justo.

Dije en aquél que la listeza es muy otra cosa que la inteligencia—y lo sigo diciendo— y que aun se oponen, y que si Fernando VII fué «bastante listo», según don Angel Salcedo y Ruiz lo califica, no fué lo bastante inteligente, ya que por cobardía, suspicacia y doblez de carácter no entregó el gobierno a los más inteligentes. Pero he aquí que en este tiempo he adquirido de origen digno de crédito la información de que el quinto de los Borbones de España era hasta inteligente.

Tan grata noticia — pues siempre es grato saber que nos equivocamos en el juicio adverso a una persona, sea viva o ya difunta — se la debemos al que fué D. Fernando Fernández de Córdoba, primer marqués de Mendigorria, quien nos la da en aquel tan interesantísimo libro: «Mis memorias íntimas». Leyendo este libro — ¡y ojalá lo hubiésemos leído años hace! — llegamos a aquel pasaje del capítulo IV (pág. 91 del tomo primero), en que dice:

«Tales partidos, como el que se formó por aquellos tiempos en la plaza de Toros entre los primeros espadas «Romero» y «Cándido», probaban la pasión que los españoles ponen en todas las cuestiones que suscitan al interés o al amor propio, y por cierto que entonces era aquélla, como lo es en nuestros tiempos, la pasión favorita de los madrileños, empezando por el mismo rey, que asistía con puntualidad a todas las corridas, aumentando la popularidad de que gozaba en los tendidos y en los palcos, ocupados aquéllos por el pueblo de los barrios bajos y éstos por la aristocracia más elevada de su corte. La familia real asistía también al palco regio, siempre en los puestos de etiqueta que a cada uno correspondía. Fernando VII dirigía muy bien la lidia; pero con la extraña particularidad de que daba sus órdenes con señales disimuladas, que hasta los más aficionados desconocían. Para mandar tocar a banderillas llevábase unas veces la mano derecha al sombrero: si las banderillas debían ser de fuego sacaba los avíos para encender un cigarro, y así, en diferentes formas y con signos para el público desconocidos, determinaba el momento de soltar los perros o de comenzar la lidia de muerte. Generalmente daba Fernando VII satisfacción a los espectadores, que lo tenían por un «inteligente», sin que por esto se librara siempre de algunas faltas que le valieron en ocasiones silbas terribles y la obligada tonadilla, cantada a coro, de «no le entiende usted», lo que hacía reír mucho al monarca, pareciendo reconocer en aquellos momentos el principio de la soberanía nacional.»

El pasaje es, como se ve, inapreciable y proyecta una vivísima luz sobre el despotismo del «inteligente» Fernando VII, que en la plaza de Toros parecía reconocer, y reconocía de hecho, la soberanía de

aquel pueblo que al entrar él, el monarca, en Madrid, después de concluidos los tres «mal llamados» años, los de la revolución liberal de Riego, le aclamó al grito «unánime» — esto de «unánime» es del mismo marqués de Mendigorria — de «Vivan las cadenas y la Inquisición!».

El «inteligente» Fernando VII «dirigía muy bien la lidia»; pero la «dirigía» con la extraña — ¿extraña? — particularidad de que daba sus órdenes con señales disimuladas; es decir, secretas, y era así una dirección despótica, ya que el secreto es la característica del despotismo. Y de es-

te modo, dirigiendo la lidia en la plaza de Toros con señales disimuladas se ejercitaba para regir a su pueblo, al pueblo de las cadenas y de la Inquisición, también con señales disimuladas, así se ejercitaba para aquel «despotismo ilustrado», que fué, según D. Angel Salcedo y Ruiz, el ideal de su reinado. Despotismo que se ilustra sobre todo en la plaza de Toros, que es, sin duda, en España la mejor aula para aprender la gobernación del Estado. ¿No hay acaso por ahí quienes aseguran que nuestro conde de Romanones, que se pasa de listo, es en la plaza de Toros donde, desde el tendido, ha aprendido mejor a conocer al pueblo español, con el que lidia y juega?

Y cuando al «inteligente» Fernando VII le cantaba a coro el pueblo de las cadenas y la Inquisición la tonadilla de «No lo entiende usted! ¡No lo entiende usted!», el monarca se reía de todas ganas. Y se diría para su paleta: «Vosotros sí que no lo entendéis, mentecatos!» O aquello de: «Por ahí me las den todas!» En esos casos, al oír a su amado pueblo soberano, con la soberanía del tendido, cantarle la tonadilla, no tendría que repetir lo que al partir para Francia dijera, aquello de: «Dios nos la depare buena!» El socarrón «inteligente» coronado era lo «bastante listo» para saber que un pueblo que se satisface con gritar en la plaza de Toros «No lo entiende usted!», es incapaz de revolución ni de libertad alguna; sabía que de la córnea mentalidad de los aficionados no había nada que temer; sabía que mientras se formaran bandos en pró y en contra de Romero y de Cándido — el Joselito y el Belmonte de entonces, — seguiría el pueblo apeteciendo cadenas e Inquisición.

Hay que reconocer, pues, que Fernando VII de Borbón era más que «bastante listo»: era además inteligente en regir con señales disimuladas a su pueblo, al pueblo enamorado de sus cadenas.

Miguel de UNAMUNO.

